

Tipo de documento: Capítulo de libro

Autor: María Isabel Grau

Título del libro: La revolución negra

Editorial: Ocean Sur

Lugar de publicación: México

Año de publicación: 2009

Páginas: 95-102

Temas: Fuerzas populares, Movimiento social popular



La república negra

No basta con haber expulsado de nuestro país a los bárbaros que lo han ensangrentado durante dos siglos; no basta con haber puesto freno a las facciones siempre renacientes que se burlaban, unas tras otra, del fantasma de libertad que Francia colocabá ante vuestros ojos; es necesario, por medio de un acto último de autoridad nacional, asegurar para siempre el imperio de la libertad en el país que nos vio nacer; es necesario arrancar al gobierno inhumano, que mantiene desde hace tanto tiempo a nuestros espíritus en el letargo más humillante, toda esperanza de dominarnos; es necesario, en fin, vivir independientes o morir.

Jean-Jacques Dessalines,
Discurso tras la Declaración de Independencia

Primeros años de independencia

Haití era la primera república de América Latina. Además, en un mundo en el cual el prejuicio racial justificaba el colonialismo, Haití era la prueba de la posibilidad de un autogobierno negro. Por ello, se convirtió en un ejemplo que los estados colonialistas y esclavistas temían y combatían, y que los esclavos del mundo seguían e invocaban.

Durante las primeras décadas de vida de la república, diferentes grupos sociales lucharon por desarrollar en Haití distintos proyectos. Una vez expulsados los opresores, comenzaron a surgir en el seno del pueblo todas las contradicciones que estaban contenidas durante la lucha contra un enemigo común.

En primer lugar, la mayoría de los antiguos esclavos pretendía volver a la economía de subsistencia: cultivar pequeñas parcelas y convertirse en campesinos independientes.

Por otra parte, un pequeño grupo, compuesto por generales negros y mulatos, se iba constituyendo como nueva clase terrateniente, tras haberse apropiado de plantaciones abandonadas por los exiliados blancos.

A su vez, los propietarios mulatos del sur pretendían que los exesclavos se transformaran en trabajadores asalariados que cultivaran sus haciendas. Fomentaban el cultivo de las tradicionales materias primas: café, azúcar, etcétera, y se enriquecían con su exportación a Europa o Estados Unidos.

Finalmente, siguiendo algunas de las antiguas ideas de Toussaint, los dirigentes del gobierno intentaban recuperar la agricultura, expropiando a los blancos y poniendo sus plantaciones en manos del Estado. Esto generaría posteriormente, según afirman algunos investigadores como José Luciano Franco, que se formara también una élite militar a partir de la apropiación del excedente centralizado por el Estado.

El 8 de octubre de 1804, Dessalines se nombró emperador con el nombre de Jacques I. Según afirma James, la corona le fue regalada por agentes comerciales norteamericanos y su solemne entrada en la ciudad de Le Cap la realizó en una carroza traída por un espía inglés. Los capitalistas ingleses y norteamericanos se disputaban el favor del nuevo gobernante.

Dessalines se dispuso a reorganizar la producción del país, pero primero ordenó la matanza de todos los blancos, excepto los sacerdotes y los médicos.

En una nueva Constitución, se ordenó la confiscación de todas las tierras de los blancos y prohibía que estos accedieran a cualquier tipo de propiedad en Haití.

Además de la estatización y redistribución de la tierra, la nueva Constitución prohibió que los ex esclavos abandonaran las plantaciones sin permiso del gobierno. Era evidente que nadie quería trabajar otra vez en las plantaciones y ciertas propiedades fueron repartidas entre los campesinos.

La parte oriental de la isla, Santo Domingo, había quedado en manos de los franceses y en enero de 1805 los ejércitos remanentes, al mando del general Ferrand, atacaron nuevamente Haití. Dessalines invadió esa parte de la isla, pero se vio obligado a retirarse por la amenaza de una flota en posiciones haitianas.

Luego de este infructuoso intento de reconquista, Santo Domingo quedó en manos españolas.

En octubre de 1806, Dessalines fue asesinado y las pugnas que surgieron desde entonces entre trabajadores negros y propietarios mulatos terminaron por dividir el país en dos partes.

En el norte, Henri Christophe continuó con la política de desarrollar el culto estatal en las plantaciones. La amenaza de una nueva invasión napoleónica llevó a Christophe a construir grandes fortalezas, a edificar fábricas de ladrillo y a traer vigas de madera de lugares distantes. Intentó construir una fortaleza de tal magnitud que pudiera resistir un asedio prolongado, para proteger a la población durante meses. Para ello, la sometió a un penoso régimen de trabajo forzado.

Además, intentó aumentar la productividad al imponer también ciertas condiciones de trabajo obligatorio y al permitir que los oficiales arrendaran propiedades o las administraran, dándole un porcentaje al Estado. Esta política logró mantener un alto nivel de exportaciones de productos primarios y una importante acumulación de riquezas, lamentablemente, en manos de unos pocos.

En 1811, Christophe se declaró rey del Reino de Haití. Se autoproclamó Henri I.

Mientras tanto, en el sur, desde 1807, los antiguos generales mulatos, encabezados por Alexandre Pétion, establecieron una república.

Realizando el interés que había movido a esta clase a rebelarse desde un principio, el presidente Pétion convirtió en propiedad privada todo el territorio. En dos años, la mayor parte de las tierras del sur había vuelto a manos privadas y era explotada por trabajadores asalariados. Sin embargo, la parcelación de las grandes plantaciones en pequeñas propiedades estimuló el cultivo de autoconsumo o para el mercado interno. Los cultivos de exportación, que generaban importantes ingresos al Estado, fueron disminuyendo. De los sesenta millones de libras de azúcar que se producían en tiempos de Toussaint, en 1818 solo se obtenían dos.

En 1821, Boyer, el sucesor de Pétion, unificó Haití luego del suicidio de Christophe. Su política de división de la tierra le generó cierta popularidad entre las masas de trabajadores del norte, pero las consecuencias económicas fueron tan negativas como lo habían sido en el sur. La población en general se empobrecía.

Por la libertad latinoamericana

Mientras se reorganizaba y construía el nuevo Estado, la nueva república independiente de Haití se dispuso solidariamente a colaborar con la lucha del resto de los pueblos latinoamericanos.

En 1806, por ejemplo, Francisco de Miranda (con el seudónimo de George Martin) llegó a Haití en busca de apoyo para la independencia venezolana. Dos semanas más tarde, partió hacia su tierra con armas y hombres que formarían parte de su ejército. Solo se le pidió que liberara a los esclavos cuando consiguiera la independencia y en 1811, Miranda, siendo presidente de la Junta de Gobierno, cumplió con su promesa.

En 1815, Pétion entregó a Bolívar dos mil fusiles para la guerra de independencia. Un año más tarde, le hizo llegar otros cuatro mil fusiles, más quince mil libras de pólvora y otras tantas de plomo, una imprenta, y sobre todo, treinta oficiales y seiscientos voluntarios que fueron solidariamente a luchar por la libertad de sus hermanos latinoamericanos.

Sin embargo, a pesar de la fundamental influencia social e ideológica que la revolución haitiana tuvo sobre el resto del continente; a pesar del importantísimo apoyo militar que la revolución haitiana brindó a las guerras de independencia, cuando las naciones libres de América Latina realizaron el famoso Congreso de Panamá, la república de Haití no fue invitada. Comenzaba ya, desde el nacimiento mismo de los estados independientes, la era de las presiones norteamericanas sobre Latinoamérica.

Las potencias extranjeras

En los años siguientes a la independencia de Haití, los Estados Unidos y las potencias europeas colaboraron con Francia al establecer un bloqueo diplomático sobre la isla. Casi ningún país reconoció su soberanía.

En 1824, el senador Robert Hayne, de Carolina del Sur, declaraba: «Nuestra política hacia Haití es clara [...]. Nunca podremos reconocer su independencia [...]. La paz y la seguridad de una gran parte de nuestra Unión nos prohíbe incluso que la tratemos» (Farmer, 1994: 88). En 1803, Estados Unidos le había comprado a Napoleón, por quince millones de dólares, el territorio de Luisiana. ¿Y si los esclavos negros de esa ex colonia francesa quisieran también rebelarse y declararse independientes? Los norteamericanos, como afirmaba el senador, tenían mucho que perder...

Además de ser un país que tradicionalmente había producido solo algunas materias primas, su territorio estaba devastado por una guerra de diez años y debilitado por conflictos internos. En esta situación, Haití debió aceptar condiciones desventajosas que fueron creando una nueva dependencia económica.

Francia reconoció la independencia de Haití en 1825, luego de que este país se comprometiera a pagar ciento cincuenta millones de francos a la antigua metrópoli y que redujera en un cincuenta por ciento las tarifas aduaneras para indemnizar de este modo pérdidas sufridas por los colonos franceses. Esta deuda ataría financieramente a Haití, siendo una de las vías a través de las que los capitalistas franceses continuaron apropiándose de sus riquezas y controlando sus finanzas.

Estados Unidos, a pesar de que recién reconoció la independencia de Haití en 1862, se convirtió rápidamente en el primer socio comercial del país. En 1821, cerca del cuarenta y cinco por ciento de las importaciones provenían de Norteamérica, el treinta eran británicas y el veintiuno francesas.

El creciente comercio con las naciones capitalistas en expansión fue desde entonces controlado, además, por buques de guerra que se instalaban en aguas haitianas.

Por otra parte, y como sucedió en el resto de los países latinoamericanos, la dependencia económica se estableció gracias a que un grupo local se beneficiaba con ella: los grandes propietarios de plantaciones.

Los intereses imperialistas en Haití

Desde el momento mismo de la independencia, Haití estuvo expuesto a los conflictos internos y externos. El sistema económico haitiano dependía cada vez más del mercado mundial capitalista.

La mayoría de los pequeños campesinos producía materias primas para comerciantes e intermediarios que elaboraban productos. Según el antropólogo Michel-Rolph Trouillot, el Estado fue expresando cada vez más a una pequeña clase de ricos comerciantes que se enriquecían al centralizar las exportaciones y explotar a los campesinos. Al mismo tiempo, crecían las importaciones de productos industriales. Según Trouillot, hacia 1851, Haití era el principal mercado latinoamericano para los Estados Unidos. Vendían más productos a Haití que a México.

Por su importancia como mercado, como país productor de ciertas materias primas y por su posición geográfica estratégica, los países capitalistas lucharon constantemente por obtener el predominio y control de Haití. Los acuerdos comerciales se firmaban al calor de la amenaza armada. Como dijimos, buques de diferentes países se instalaban en aguas haitianas y amenazaban a las autoridades para obtener beneficios.

Estados Unidos, Gran Bretaña, Alemania y Francia participaron en complots, alentaron revueltas, colaboraron en el derrocamiento de presidentes, bombardearon las costas y hasta ocuparon militarmente el territorio de Haití.

De esta forma, hacia fines del siglo XIX, la primera república políticamente independiente de Latinoamérica se había convertido en un país económicamente dependiente.

Durante el siglo XIX, los Estados Unidos aplicaron la llamada Doctrina Monroe, en la cual le advertían a las potencias europeas que «América [era] para los americanos», lo que significaba que el conjunto del continente era para los norteamericanos.

Más tarde aplicarían también la llamada política del «garrote», es decir, utilizar la violencia para disciplinar a los rebeldes y asegurar el enriquecimiento de los grandes empresarios. Así, con la excusa de «proteger los bienes y las vidas norteamericanas», la Marina estadounidense envió barcos de guerra a Haití en 1849, 1851, 1857, 1858, 1865, 1866, 1867, 1868, 1869, 1876, 1888, 1891, 1892, 1902, 1903, 1904, 1905, 1906, 1907, 1908, 1909, 1911, 1912 y 1913.

Finalmente, en 1915, el cuerpo de marines invadió el territorio haitiano y lo ocupó hasta 1934. Con la toma del estratégico Môle St-Nicholas y el acceso al canal de Panamá, Estados Unidos controlaba todo el tráfico comercial del Caribe.

A través de esta ocupación, y ya con plena libertad de movimientos, muchas empresas norteamericanas recorrieron el territorio de Haití en busca de las mejores tierras para instalar sus nuevas plantaciones de caucho, plátano, azúcar, caoba, sisal y otros productos tropicales. En una nueva expropiación violenta, cientos de miles de hectáreas fueron otorgadas a compañías norteamericanas y más de cincuenta mil campesinos fueron expulsados de sus tierras en la zona norte.

Mientras tanto, los marines, ayudados por el cuerpo de policía local, salieron a desamarrar a la población rural que tenía guardadas sus armas desde los tiempos de la revolución. Además, la fuerza de ocupación reinstauró el reclutamiento forzoso y varios miles de hombres fueron obligados a alistarse en el ejército.

Por supuesto, todos estos abusos generaron múltiples resistencias, pero todas fueron ferozmente aplastadas en una verdadera masacre.